

Nora Iniesta. Itinerarios

Rodrigo Alonso

Las obras de Nora Iniesta se caracterizan por la reinención de lo cotidiano, la extracción de belleza a partir de objetos banales, la elevación estética de lo que aparentemente no posee valor. Con delicadeza, la artista exalta las cualidades de los elementos comunes, mediante una suerte de apología de la simplicidad que llama la atención por su ascetismo, contundencia y precisión.

Tras obtener el Premio Braque en 1980, Iniesta reside tres años en París. Allí explora las posibilidades del collage en ejercicios que incorporan los materiales de la realidad inmediata. Tras su regreso a la Argentina desarrolla el proyecto *Buenos Aires x 365* (1985), en el cual busca reconectarse con la ciudad añorada y su circuito artístico. Grandes piezas que integran dibujo, grabado y collage representan este momento, no sólo de la vida de la artista sino también del campo cultural de nuestro país.

Desde entonces, Nora Iniesta aborda tópicos relacionados con la historia nacional, la infancia, el hogar, la mirada femenina, las imágenes populares, los símbolos locales, la patria.

La yuxtaposición de trozos de papel, fragmentos gráficos, fotografías y estampas va cobrando fuerza hasta revelarse como el método ideal para elaborar un universo de asociaciones visuales y de revisión de legados imaginarios. Su presencia es constante en toda la producción de la artista, ya sea en su versión bidimensional (collage propiamente dicho) como objetual (ensamblaje).

La magnificación de lo pequeño, el énfasis inducido por la repetición, el aislamiento y la puesta en valor de lo insignificante, el desprejuicio en la manipulación de emblemas e imágenes, los juegos con la representación, son claves en una labor que se viene consolidando a lo largo de los años. Siguiendo los pasos de Alberto Greco, Nora Iniesta practica un arte del señalamiento que apunta a descubrir la sensibilidad implícita en cada fragmento del mundo que nos rodea. En este sentido, cultiva un arte optimista, que no reniega de la realidad, sino que confía en la transformación estética del entorno como una vía hacia la construcción de un mundo mejor.

Bandejas, manteles, alfombras, cepillos, nos invitan a encontrar estas cualidades en los enseres domésticos, en la vida cotidiana, en el hogar. El blanco y el celeste nos hablan de otro hogar, que es la patria. En la intersección de estos significantes, la obra de Iniesta nos instiga a reflexionar sobre nuestro entorno personal y territorial, sobre los símbolos y los afectos, para reencontrarnos, a través de ellos, con nosotros mismos.

En sus trabajos recientes, la artista insiste en potenciar las resonancias íntimas de los colores patrios. En ellos, el celeste y el blanco se asocian a materiales añosos y baratijas, a objetos de lujo y cotidianos, al mundo actual y al de los recuerdos. Sobre infinidad de texturas y soportes, estos colores provocan connotaciones que no son sólo visuales, sino ante todo, afectivas. Por este motivo, no resulta excesivo decir que sus obras modelan los imaginarios, los valores y las fibras de una sensibilidad colectiva.